

había apoderado de los austriacos en la flojedad de su resistencia, puesto que este día tenían, sobre Ney, una gran superioridad numérica.

Tuvieron en efecto, que abrir los ojos delante de la aterradora evidencia de un peligro que el último soldado podía comprender tan claramente como los jefes del ejército. En vez de hacer frente á la Selva Negra, lo que hubiera sido su posición normal en una guerra ordinaria, ahora le volvían la espalda, apoyados en el Iller, en la situación que hubieran debido ocupar los franceses, teniendo su izquierda en Ulm, su derecha en Memmingen, viendo cerrarse sucesivamente delante de ellos todos los caminos por los cuales hubieran podido operar su retirada.

Después del combate de Gunzburg, Ney había ocupado con sus dos divisiones, Albeck y Elchingen, en la orilla izquierda del Danubio, por la derecha se unía con el cuerpo de Lannes y la caballería de Murat que había tomado posición de Leipheim en Burgau; Soult iba de Landsberg por Memmingen para cortar los comunicaciones de Mack con el Tirol, en donde se encontraba el archiduque Juan con veinte mil hombres. Napoleon estaba en Augsburg con su guardia y el cuerpo de Marmont; en fin, en Dachau y en Munich, se encontraban los cuerpos de Davout, de Bernadotte y los bávaros, prestos á marchar sobre el ejército ruso que estaba aún á una gran distancia del teatro de los sucesos. De cualquier lado que Mack se volviera, veía á su frente, ó á sus flancos, cuerpos enemigos prontos á detenerle; hasta suponiendo que la desesperación le inspirase la loca idea de entrar en Suiza ó en la Selva Negra, hubiese encontrado en camino el cuerpo de Augereau, quien fué el último en llegar porque era el que venía de más lejos, estaba ya en Friburg; á decir verdad aún tenía abierto el camino del Tirol, hubiera podido unirse con el pequeño ejército que lo ocupaba y ganar de allí el ejército del archiduque Carlos; pero esta retirada, en una comarca sin salida, en la que se le podía seguir, y hasta tal vez adelantarse, presentaba grandes dificultades, y por otra parte era ya tarde para tomar ese partido, pues Soult amenazaba ya á Memmingen.

Sin embargo, por admirable que fuera esa red que su terrible adversario había puesto á su alrededor, había en ella un punto débil. En la ejecución de ese plan, maravillosamente concebido, se había cometido una falta, y de aprovecharse de ella un hombre de energía y de resolución hubiera podido hacer arrepentir á Napoleon de la sobrado grande extensión de sus operaciones y de la excesiva dispersión de sus cuerpos de ejército. Ese punto débil

de la línea de circunvalación era precisamente el que Ney acababa de hacer ocupar, en la orilla izquierda del Danubio, en Albeck, por las divisiones Dupont y Baraguey-d' Hilliers. Esas divisiones eran de todo punto insuficientes para cerrar el paso al ejército austriaco. Si Mack se hubiese arrojado sobre ellas con todas sus fuerzas reunidas, no es dudoso de que hubiera conseguido aplastarlas antes de la llegada de todo auxilio, y por consiguiente hubiera podido ganar Aalen y Nordlingen, y de allí la Bohemia, en donde hubiese dado la mano al segundo ejército ruso. Esta falta provenía de la opinión preconcebida que Napoleon tenía de los proyectos de Mack. Ese general según él no podía operar su retirada más que por el Tirol. Desde el 8 de Octubre, al hacerse adelantar á Ney sobre Gunzburg, le hizo escribir por Berthier:—«S. M. no piensa que el enemigo sea bastante insensato para pasar á la orilla izquierda del Danubio, puesto que todos sus almacenes están en Memmingen y que tiene el más grande interés en no separarse del Tirol.» No admitía, añadía, que el enemigo hiciera la tontería de retirarse por Aalen y Nordlingen; si empero hacía esta tontería, Baraguey-d' Hilliers no tenía que hacer más que batirse en retirada delante de él é ir recogiendo en su camino los destacamentos que hubiesen quedado retrasados en diversos puntos. Pero con esto no se detenía al ejército austriaco.

Fué esta opinión preconcebida de Napoleon motivo de una falta más grave que es de tradición echar por entero sobre Murat, desde que el eminente historiador de esta campaña, Jomini, que servía á la sazón en el Estado mayor de Ney, testigo y actor el mismo en esas memorables circunstancias no vacila en imputarla á dicho mariscal.

Napoleon para dar más unidad á las operaciones de los tres cuerpos más próximos á Ulm, había confiado con gran imprudencia el mando de ellos á su cuñado Murat, general de caballería incomparable, pero sin aptitud para dirigir grandes operaciones, y en este respecto, ciertamente, inferior á Lannes y á Ney que hubiesen de someterse á sus planes. El primer uso que hizo Murat de su autoridad fué dar á Ney la orden de llamar de nuevo á la orilla derecha del Danubio, las dos únicas divisiones que hubiesen quedado en la izquierda, para dirigirse, con todas esas fuerzas reunidas, sobre de Iller, en donde se suponía en retirada al enemigo para ganar á Memmingen, y de allí al Tirol. Pero en esto no se le puede censurar si no el haber tomado demasiado al pié de la letra sus instrucciones y haber compartido el error de Napoleon, en vez de remediarlo co-

mo lo hubiera hecho un jefe previsor. La idea de que Mack iba á batir en retirada sobre el Tirol, estaba en efecto de tal modo arraigada en el espíritu del emperador, que después del combate de Gunzburg, el 10 de Octubre, á las seis de la tarde, hacía escribir á Ney por Berthier, «que tomase posesión de Ulm,» que suponía evacuada por el ejército austriaco, y que se pusiese inmediatamente en persecución de Mack «sobre Memmingen ó sobre cualquier otro punto á donde se hubiese dirigido el enemigo.»

Ney que había comprendido toda la importancia de la posición de Albeck, para el caso que el enemigo procurase escapar á Bohemia, se esforzó en vano en cambiar la resolución de Murat. Hubo entre los dos un altercado de los más violentos, que Ney hubiese terminado con una provocación en regla inmediata, si no le hubiesen advertido que en presencia del enemigo su primer deber era obedecer. Resignóse, pues, á dar la orden á los generales Dupont y Baraguey-d' Hilliers que pasaron á la orilla derecha con sus tropas, pero al mismo tiempo escribió á Berthier para hacerle comprender el peligro de la situación.

Tan real era ese peligro que Dupont no pudo verificar ese movimiento por completo. Apenas hubo abandonado á Albeck para caminar hacia el Danubio, cuando fué á topar, en Haslach, contra un cuerpo de tropas de cerca 25.000 hombres, bajo las órdenes del archiduque Fernando.

Mack incapaz de tomar una resolución atrevida, recibiendo á cada momento las más contradictorias noticias, contrariado por otra parte en el ejercicio de un mando que tenía que compartir con el archiduque y conciliar con las prescripciones del consejo Aulico, Mack en vez de reunir todas sus fuerzas y abrirse paso, ya fuera por la parte de Bohemia, ya del lado del Tirol, no había dirigido sobre Albeck más que un cuerpo aislado, al parecer, mejor para descubrir el camino de Bohemia que para abrirse paso.

La división Dupont, aún cuando separada de la de Baraguey-d' Hilliers, que había quedado atrás, luchó heroicamente todo el día contra fuerzas triples, reparando, con su enérgica resistencia, un error que podía hacer perder á los franceses el fruto de las combinaciones precedentes. Dupont pudo retirarse sobre Albeck, y de allí á Langenau, con tres mil prisioneros, sin que su debilidad inspirase á Mack otra idea que la de aislarlo cada vez más del cuerpo de Ney; haciendo ocupar al día siguiente, 12 de Octubre, la posición de Elchingen incendiando el puente que dominaba.

Durante este tiempo se había agravado su situación en otros puntos. Soult había al fin comparecido delante de Memmingen; Spangen, que ocupaba esta plaza, capituló el día 13, dejando en manos de los franceses 7.000 prisioneros. Dicho mariscal se dirigió en seguida sobre Achstetten para cortar el camino de Biberach, el único por el cual podían aún ganar los austriacos el Tirol dando un rodeo.

Napoleon había acudido desde Augsburg á Pfaffenhofen con su guardia, de aquí marchó á toda rienda al cuartel general de Ney prescribiéndole que á toda costa restableciese sus comunicaciones con Dupont, apoderándose de la posición de Elchingen. Ya para reforzar el ejército de ataque había llamado á Marmont á la desembocadura del Iller, lo que daba por lo menos 100.000 hombres á las tropas que bloqueaban cada vez más estrechamente á Mack.

Hacia desde algunos días un tiempo espantoso; la lluvia había puesto los caminos impracticables, y los franceses carecían de todo, viéndose obligados á vivir del pillaje; pero ellos tenían ahora la certitud de la victoria. El 14 de Octubre, por la mañana, Ney restableció, bajo el fuego del enemigo, el puente de Elchingen, cuyos pilotes no habían sido quemados; apenas acabado ese peligroso trabajo se lanzó por él á la cabeza de sus regimientos. Ganada la otra orilla, subió por la cuesta de Elchingen, apoderándose de cada una de las casas y á la bayoneta del convento que corona la altura. Como quería establecerse en la meseta, atacó á los austriacos que ocupaban un bosque allí cerca; consiguiendo, después de una larga resistencia, arrojarlos sobre Ulm haciéndoles 3.000 prisioneros. Durante ese tiempo, Dupont, siempre aislado, se mantenía con éxito, entre Albeck y Langenau, contra un cuerpo de tropas que había salido de Ulm al mando del general Werneck. Al día siguiente 15, Ney se apoderó de la meseta de Michelsberg que domina la plaza de Ulm, y desde este momento la situación se hizo insostenible para Mack.

Werneck había sido cortado de Ulm por el movimiento de avance de las tropas francesas sobre dicha plaza, así no pensó ya mas que en escapar á Bohemia, juntándosele muy pronto un cuerpo de caballería mandado por el archiduque Fernando, que aprovechó la ocasión para escapar de la plaza. Napoleon lanzó inmediatamente tras de ellos á Murat con sus regimientos de húsares y dragones, y el 16 de Octubre, intimó á la plaza de Ulm la rendición. Hizo venir á su cuartel general al príncipe de Lichtenstein, á quien dijo que deseaba que el ejército austriaco capitulase, porque, caso de tomar

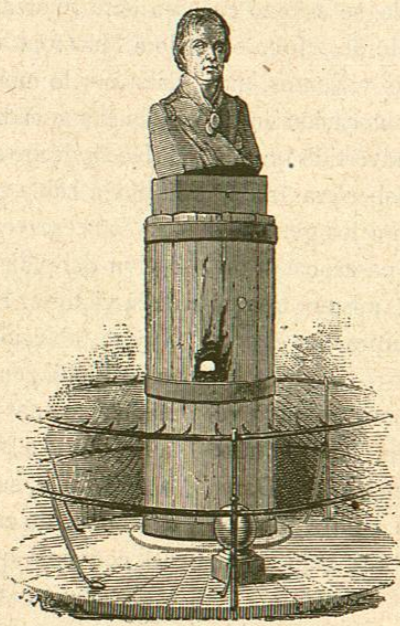


la plaza de asalto, se vería obligado á hacer lo que había hecho á Jaffa, en donde la guarnición fué pasada á cuchillo, y que «este era el triste derecho de la guerra.»

Perfectamente auténtica la historia de esta horrible carnicería no había motivo alguno para creer que fuera incapaz de repetirla. Mack, por otra parte, hacía ya días que había perdido la cabeza. La relación de Felipe de Ségur, que le fué enviada en calidad de parlamentario, preséntale como un hombre turbado hasta el delirio; sus soldados estaban completamente desmoralizados: veíase encerrado en

una ciudad sin fortificaciones serias, no tenía esperanzas de ser socorrido á tiempo, carecía de víveres y había ya dejado en manos de los franceses un número considerable de prisioneros, además había perdido á dos cuerpos; el que huía hacia Bohemia guiado por Werneck, y el archiduque huía acosado por las puntas de los sables de Murat; el otro, que dirigido sobre Biberach á las órdenes del general Jellachich y que había podido escapar á Soult se dirigía al Tirol.

Mack después de las protestas usadas en semejante caso, aceptó con una especie de alegría febril



Monumento á Nelson

una capitulación que disfrazaba, hasta cierto punto, su deshonra con una cláusula condicional. Creyó, ó fingió creer, en la próxima aparición de los rusos, por consiguiente se comprometió á entregarse prisionero con su ejército caso de no ser socorrido antes del 25 de Octubre. La capitulación se firmó el 19. Este mismo día se supo que la víspera, el cuerpo de Werneck, alcanzado por la caballería de Murat, había entregado las armas en Nordlingen, y que el archiduque Fernando, perseguido sin descanso, no tardaría según todas las probabilidades á sufrir la misma suerte. Al saber esto y teniendo además la certitud de que el ejército ruso no llegaría á tiempo para libertarle, ya que no había aún aparecido sobre el Inn, Mack consintió en abreviar el plazo fijado para la capitulación. El 20 de Octubre de 1805, los restos del ejército austriaco desfilaron delante del vencedor por el pié de Michelsberg se-

gún una costumbre humillante, caída ya en desuso, más difícil de soportar que la misma derrota, y que agravaba los males de la guerra sin otra compensación que una vana satisfacción de amor propio.

Este primer acto de la campaña había sido una obra maravillosa de rapidez, de precisión, y los resultados eran tales que podían pasarse de las corrientes exageraciones de los boletines del emperador.

De un ejército de 80.000 hombres, no quedaban más que los restos dispersados en todas direcciones: el cuerpo de Kienmayer que estaba más allá del Inn; el de Jellachich en el Tirol, y en fin, en Bohemia los escuadrones de caballería que el archiduque Fernando consiguió sustraer á la persecución de Murat, en junto unos 20.000 hombres, que no escapaban más que para ir á difundir por todas las provincias del imperio la profunda desmoralización

de que eran víctimas. Habían los franceses hecho en los diferentes combates que precedieron á la capitulación de Ulm 20.000 prisioneros; el número, pues, de tropas que se encontraban en la plaza pueden estimarse en 26.000 hombres. La capitulación da el nombre de los regimientos, pero no su efectivo, y sobre esto podemos pasar por la declaración de Mack á Felipe de Ségur quien evaluaba sus tropas sin contar los heridos á 24.000 hombres; Rapp en sus *Memorias* cuenta con la mayor sencillez que

habiendo sido enviado como alsaciano á Ulm para que hiciese el recuento de la guarnición contó veintiseis mil hombres, pero que el día del desfile resultaron ser 33.000.

Además hay que contar una cantidad enorme de cañones, de banderas y de municiones de guerra.

Sobre todos estos puntos imposible atenerse á las evaluaciones de Napoleon, que varían de una hora en otra según la credulidad presumida de las personas á quienes se dijese ó según la intención que



MARISCAL LEFEVRE



lleva al engañarlas. Con sus generales el ejército de Mack es siempre de 80.000 hombres: con sus otros corresponsales y en sus boletines es siempre de 100.000. Respecto del número de prisioneros hechos antes de la evacuación de Ulm, llega á calcularles en 50.000 hombres en una carta dirigida al elector de Wurtemberg; en fin, por el efectivo de la guarnición, varía de 15.000 á 36.000 hombres.

En cuanto á sus propias pérdidas, el sexto Boletín dice que no fueron sino las de 500 muertos y 1.000 heridos.

Reconócese en esas diversas apreciaciones al hombre que sólo se preocupa del efecto que hay que producir y jamás de la verdad; pero aquí, el efecto era sobrado sorprendente para tener necesidad de las galas de la ficción. La destrucción de este ejército entregaba á Napoleon la monarquía austriaca,

pues, el cuerpo austro-ruso, cuya vanguardia había al fin llegado al Inn, rendido de fatiga, era sobrado débil para cubrir á Viena, y por otra parte el ejército del archiduque Carlos, al cual esta victoria iba á obligar á retroceder para ganar la Hungría, no podía llegar á tiempo para operar en unión con los coaligados, sin exponerse á correr el gran peligro de ser cogido entre Napoleon y Massena.

Europa, cuando supo lo que había pasado, quedó llena de estupor. Pitt, al saber la noticia, negóse á darle crédito; cuando le fué confirmada por el testimonio de un diario holandés, demudósele el rostro de tal manera, que todos creyeron que era llegada su última hora.

El rey de Prusia, que al principiar la campaña, arrastrado por el resentimiento, subyugado por la influencia de la reina que sostenía un partido podo-